

Hace más de diecisiete años que soy habitual del *Restaurante Manolo*: una institución gastronómica, desde 1934, en el número 83 de la calle de la Princesa, en Madrid.

Si el que lee no lo conoce, anda por *el foro*, le gusta el sabor con fundamento de los fogones antiguos y se siente a gusto en un entorno limpio, agradable, acogedor, tradicional, ya está tardando en reservar mesa. Eso sí: siempre que le importe un bledo alejarse de modernismos surrealistas y de las extravagancias pretenciosas de tanto quiero-y-no-puedo con el que nos acosa y sorprende últimamente el gremio de la restauración.

En *Manolo*, sota, caballo y rey... Y a cuál mejor: ¡Cocido glorioso! ¡Pulpo *a feira* espectacular! ¡Callos a la madrileña como para hacerle la ola al *chef*! ¡Qué fricasé! ¡Vaya morcillo! ¡Menudas mollejas de cordero!...

¿Y qué decir de la categoría y la profesionalidad del servicio? Siempre atentos, respetuosos y entregados por igual, tanto a los que llegan por primera vez, cuanto a los habituales de todos los días; y por supuesto, a la clientela de toda la vida... Que, por cierto, entre los unos y los otros, forma un paisanaje curioso y muy peculiar.

Porque, en efecto, allí, junto a *pelagatos* como el que suscribe; y al lado de la honrada y benemérita gente moliente de todos los días, se puede uno encontrar -además de con militares de aviación en la reserva, que para eso está *Manolo* al lado justo del *Ministerio del Aire-*, digo que se puede uno topar, por ejemplo, cualquier tarde-noche de invierno, con académicos de la Real de la Lengua que salen de la tertulia literaria que la cercana librería Alberti celebra todos los meses; o, por caso, al medio día, te toca ubicarte en mesa contigua a la de unos catedráticos nacionales que están acompañando a almorzar a un par de colegas extranjeros, tal vez de visita en la Complutense o en cualquiera de las otras universidades del barrio, la mía incluida.

Y luego, esos muebles -mesas, sillas- que ya no se encuentran; los espejos antañones; la elegancia *retro* de los adornos y juguetes en la vitrina de entre-salas... ¡Ah! y aquel *mostrador-barra*, pieza de museo que hoy da prestancia y marca estilo, mismo al entrar al comedor, a la mano izquierda; y que -a quien sepa *entreleer* a partir de las placas de su pulido y golpeado zinc- le habrá de recordar otras *kalendas*, le obligará a recordar tiempos ya idos hace mucho... días de chatos y cañas, sorbidos en vasos que se pescaban de un remojo constante entre agua fría y corriente, capaz de pintar las manos del tabernero de aquel rojo tibio, parecido al de la color del vino del año que se estilaba beber entre los parraquianos de cuando entonces; y que, sobre todo, los bodegueros de Tomelloso y de Valdepeñas suministraban a las tascas, a las tabernas y a los bares de Madrid. Y clásico, como *Manolo* es, está también la historia. ¡Ay, si las paredes del restaurante hablaran...!

¿Cómo que si hablaran? ¡Vaya que si hablan! A veces, lo hacen a gritos.

En las paredes, enmarcados en sencillos cuadros, hay manuscritos con reflexiones y, a veces, laudando las excelencias del comedor de parte de actores, de políticos, de empresarios... del propio monarca *emeritus*... y, ¡cómo no!, de literatos y escritores famosos.

Uno de éstos, que solía almorzar allí de cuando en vez; y que acostumbraba a tomarse sus vinitos crepusculares en el bar era don Ricardo Eliécer Neftalí Reyes Basoalto.

- ¿Mande? Ese nombre, sonar suena rotundo y encandilante, pero discúlpeme usted, compadre: en mi vida oí hablar de tal personaje... ¿Y dice usted que se trata de un afamado escritor?
- ¡Ya lo creo! Era uno que vivió durante un tiempo en la llamada *Casa de las Flores*, en la cercana calle de Hilarión Eslava.
- ¿Esa casa fue la que diseñó el arquitecto Secundino Zuazo en 1931 y que da también a Meléndez Valdés, Gaztambide, Rodríguez Sampedro?
- ¡En efecto, camarada! ¡Esa misma es!...
- ¿Y qué méritos acumulaba ese tal don Ricardo Eliécer Neftalí Reyes Basoalto?... Oiga, no me estará usted *bacilando*, ¿verdad? Sé que admira a don Camilo, el del premio; y como me consta también que el padrones gustaba de embromar al respetable inventándose nombres de personajes estrafalarios... a lo mejor me la quiere usted colar... No será cosa, ¿eh?
- ¡Que no, hombre, que no! Que es un literato muy conocido... el tal Ricardo pasa por ser, al decir de algún premio Nobel, “el más grande poeta del siglo XX en cualquier idioma”.
- ¡Hala...! ¿No será eso mucho decir?...
- No lo sé. Pudiera ser; pero no soy yo quien lo dice... Lo afirma García Márquez. Y declarándolo don “Gabo”, ¿quiénes somos nosotros para desmentirlo, ni siquiera, cuestionarlo?... ¿verdad, usté?
- Pues, insisto: “¡Nunca oí cosa de la manera!”, que decía la otra... ¿No caigo!... ¿No puede darme más pistas?
- Ahí van algunas más: El señor Reyes Basoalto era comunista, fungió durante un tiempo de cónsul de Chile en Madrid; ganó también el Nobel de Literatura en 1971; escribió, con poco más de diecinueve años, *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*; y firmando con pseudónimo, hacía llamarse “Pablo Neruda”...
- ¡Hombre, claro! ¡Ahora sí... Precisamente, el poema XX de ese libro tiene un arranque antológico, lapidario!: Aquel que dice: “Puedo escribir los versos más tristes esta noche”...

Lo mismo me ocurre a mí, José Luis Fernández Fernández, que suscribo estas prosaicas prosas. Pero no en esta noche; sino, desde hace ya bastantes días.

La verdad es que estoy pasando una etapa de desolación más que evidente. Que estoy empezando a estar más que aburrido de muchas cosas y que debo pararme a pensar qué sentido puede tener seguir redactando *posts* y articulitos para que sean expuestos a la opinión de un público tan peculiar como el que se enreda en las mallas sociales. Una parroquia a la que, si no lee lo que quiere oír, le falta tiempo para tirar la piedra y esconder la mano... Gente, con frecuencia, prejuiciosa y poco tolerante con quien disiente, discrepa, mantiene puntos de vista distintos a los suyos... Y que, cuando responde, se tiende a encalabrinar, suele ser

proclive a apearse el raciocinio, opta por eludir el argumento y entra en corto y por derecho, tirando *gañafones*, a hacer sangre...

Sin ir más lejos, una lectora hace unas semanas me dijo que yo era “fascista y machista”, a resultas de no sé qué comentario que yo hacía en un *post* de este *blog* (¡qué moderno me queda lo del *post* en el *blog*!)... Y esa señora, naturalmente, es muy libre de pensar lo que quiera; incluso de decirlo; y por supuesto, también, de escribirlo... Ahora bien, yo no entré al trapo. Prescindió de insultarla a mí vez; pero como no me tengo ni por “fascista” ni por “machista” y como, sinceramente, creo que en lo que contaba en aquella ocasión no había fundamento alguno para adjetivarme con epítetos tan gruesos y tan socorridos como inapropiados... con educación, no exenta de cierto retintín -cierto es-, le pedí que me explicara qué era lo que la hacía rubricarme con tan rotundas descalificaciones: no fuera a ser que ahora aquellos conceptos tuvieran acepciones y *semasías* ignotas para este pobre diablo que suscribe... ¿A ti contestóte?... ¡A mí tampoco!...

Está visto que esto de que Internet iba a permitir el diálogo, a estimular la controversia civilizada, a servir de plataforma y cauce para la discrepancia educada, es un mito más; y un mito que no se sostiene en pie, cada día que pasa. Aquí cada uno lee a los suyos, buscando consolidar ideas preconcebidas, consignas estereotipadas, clichés manidos, mantras vacuos... Y como ello es así y la lidia de ese morlaco resulta sencilla y efectista –consiste en meter el pico de la muleta, torear fuera de cacho a toro pasado, no exponerse nunca y, sobre todo, prodigar los brindis al sol- el que quiera seguir en los carteles, alimentando la rueda que hace girar a *este tinglado de la antigua farsa*..., buen cuidado debe tener en no pisar terrenos comprometidos donde puede uno quedar a cuerpo limpio, sin alivio y sin olivo que tomar, si el bicho apretare... De ahí la sarta de obviedades y ramplonadas que, cuanto más inanes, mejor, nos embaúlan a troche y moche.

¿Merece la pena jugar a este juego? ¿Añade algo un discursito tan desustanciado y efectista?

Por lo que a mí respecta, he de confesar que tengo más que serias dudas. Si no se puede decir lo que se piensa, no merece la pena decir nada... Naturalmente, diciendo siempre lo que haya de ser dicho, con el respeto debido, con la sensatez exigible, de manera reflexiva y razonada...pero, - ¡por Dios, que no nos lo prohíban! – con esa su pizca de crítica, esa dosis de sarcasmo, aquel tantito de causticidad y mala uva, si a mano viene y el guión lo pidiere... Si no, ¿para qué?... Nadie –al menos yo no-; digo que nadie tiene tanta afición literaria como para instrumentar discursos huecos, de nado y guardo la ropa.

¡Ay, don Francisco de Quevedo y Villegas! ¡Qué razón tenías con aquellos versos de la *Epístola satírica y censoria contra las costumbres presentes*...! Ni que la hubieras compuesto antier...

“... ¿No ha de haber un espíritu valiente?

¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?

¿Nunca se ha de decir lo que se siente?...”

Véase el caso mío en dos secuencias.

De un lado, fui uno de los primeros en suscribir, el pasado viernes 29 de septiembre, un manifiesto titulado *Cristianos por la convivencia*, promovido por mi querido amigo José Sols y un puñado de compañeros barceloneses. Ni a los promotores de la declaración, ni a mí nos gusta el separatismo, ni la hispanofobia, ni tantas y tantas monsergas como en el documento se explicitan y se trata de atajar. De otra parte, harto ya de tanto insulto y menosprecio,

reaccioné -y así lo hice saber a algunos- diciendo que me consideraba español, que nunca había robado nada a nadie, etcétera, etcétera, etcétera...

¿Resultado? Me cesaron como presidente de unos premios que cierto medio de comunicación catalán otorga cada año. Escribí al director y le dije, más o menos: “Cedo, con mucho gusto, la presidencia al compañero que sugieres –uno de Barcelona, por más señas-; pero, a los solos efectos de hacerme una adecuada composición de lugar, te rogaría que me ayudaras a despejar una duda que me asalta: ¿Es política de los premios hacer rotar la presidencia? ¿Es que no he sabido estar a la altura de las circunstancias los pasados años? ¿Hay alguna otra razón que permita explicar el hecho?”... Naturalmente, con falacia indiscutible, salió por la tangente fácil y tomó el engaño que yo le ponía a media altura, como al ganado poco encastado y mansurrón... y se me descolgó con que sí; con que, en efecto, era política de la casa promover la rotación...

Se me hizo un favor: con el cese, gano dinero... No me pagaban nada, yo ponía mi tiempo y mis tablas gratis... y, a partir del día de la fecha, eso ya no va a ser necesario. Por lo demás, le dije que, cuando se terciare –“¡Cuando llegues a Madrid, chulona mía!...”-, le invitaría a comer y le daría dos lecciones de Ética, completamente gratis... La primera, sobre cómo, cuándo y por qué se debe cesar a uno y el modo de llevarlo a efecto con señorío y rumbo torero; y dos, en qué medida y cómo un español, anti independentista, reacciona en la eventualidad de tener que renovar la suscripción a la revista de marras... (que, de hecho, alejado de cualquier tipo de boicot, más o menos entendible, renové el mismo día del cese)...

¡Y es que los entiendo...! Si yo viviera allí, a lo mejor no tenía agallas para escribir lo que va escrito. Comprendo el miedo –“el miedo es libre”-; soy consciente de los *interesus*, más o menos confesables... Veo, incluso, la racionalidad detrás de la racionalización; capto el *quid* de los motivos que explican el proceder de los que optan por ponerse de perfil, de los que buscan la equidistancia, de los que miran para otro sitio, de los que deciden mantenerse en silencio – aunque sean mayoría... ¡Lo comprendo todo!

Lo que no acepto es la autocensura: que yo me quiera tapar a mí mismo la boca, desde la patraña de una corrección política, en pugna con mis valores, mis convicciones, mis ideales más acrisolados. ¡Ah! y otra cosa que me exaspera y no puedo compartir, son los modos *fascistoides* –ahora sí: ahora lo digo... y sabemos de qué hablo, ¿no?–; digo que son los *modos fascistoides de proceder* de los que sustituyen las clases de danza de los parvulitos por *cuentacuentos* que los asuntan –no con el coco, como antes; sino...- con un rey muy malo muy malo muy malo, y una policía muy asesina muy asesina muy asesina... que había una vez en un país sometido y que mataban a los niños de que vivían allí...

¿Será esto empeñarse al servicio de la fe? ¿Por ventura, consistirá, tal vez, en promover la justicia? ¿Se tratará, quizás de un ejemplo de aplicación de cómo en todo amar y servir? ¡Ah, no!: ¡A ver si va a ser cosa de que estamos yendo a inflamarlo todo!... ¡No sé, no sé!... Pero, a mí me da que no.

¿Y la moraleja?

Que, si no me echan antes, deberé discernir en el espíritu cuál sea la voluntad de Dios Nuestro Señor respecto a la pertinencia de que yo siga escribiendo a partir de enero de 2018.

Triste prosa me ha salido. Ya lo sé, pero es lo que hay: tristeza, hartazgo, profundo estupor... y un rayito de esperanza... Que nunca llovió que no parara y que, instando en la oración, la *consolación ventura* está al caer, AMDG.